

IV.

UN CORDERO ENTRE LOBOS

He dicho que el tutor con quien vivia yo en Madrid se llamaba D. German: de las tres mugeres á la mamá le llamaremos Juana, Mariquita á la hija mayor, y Teresa á la menor.

Estas señoras procedian de Asturias ó de Andalucía; ¿que importa?—D. German las habia conocido allí, y apiadado de la viudez de la mamá, y la orfandad de las hijas, se las habia traído á Madrid, en calidad de hombre solo, para que lo cuidasen.

Pero á simples criadas no se trata como D. German trataba á estas gentes, casa cómoda y bien amueblada; buena mesa: buen guardaropa; sartas de perlas y aretes de diamantes; paseos; caprichos.... Yo sospeché desde luego, que el bueno de mi tutor, con sus 45 años, y su cara de vinagre, habia sustituido al difunto consorte de Doña Juana en todo y por todo. Así era la ver-

dad; y aún mas, como lo verá el curioso lector:

Yo no me escandalizo de nada, mucho ménos de esas cosas que se ven todos los días; así es que vivia entre aquellas gentes sin cuidarme de sus conciencias, ni su reputacion. Yo platicaba y jugaba con las muchachas, poco me importaba que el tutor hiciese otro tanto con la vieja; digo otro tanto, y ya puede percibirse la diferencia entre unos y otros juegos.

D. German era un hombre severo en su mirar, en su fisonomía, en sus pocas palabras y en sus hechos; de corazón duro y alma atravesada: usurero y avaro: valiente, según la fama.

Doña Juana tenia sus cuarenta, y comenzaba á ponerse fea: su lenguaje era el del pueblo; sus gustos y sus maneras revelaban bien poca finura. No fué el amor, sino el interes, lo que la ligó con D. German: este por su parte tampoco amaba á Doña Juana; pero habia dos niñas que crecerian.... ¿comprendes, lector?.... Tambien á mí me dan horror estas cosas; pero son necesarias para la inteligencia de lo que va á seguir.

Teresa tendria 20 años: rubia, ojos garzos, bonita frente y fino talle: burlona por carácter; fria por temperamento; coquetilla y presumida por consecuencia de aquellas dos cualidades: viva, y mucho mas pulida que el resto de la familia.

Mariquita: chata; boruquieta; ardiente; rezadora y buena en medio de aquellas gentes.

Un retoño de cinco años, vivo retrato de mi

tutor, era el motivo de mil interpretaciones que hacía el público maldiciente.

Yo aún no cumplía los 19: era estudiante, y acababa de volver de Segovia.

Mi tristeza era bien manifiesta para las muchachas; y les debí la atención de que procurasen disiparla, con sus atenciones. Teresa me decía mis epigramillas sobre Segovia; y Mariquita se conformaba con platicarme mucho, y obligarme á que le contase cuanto habia hecho durante mi paseo: yo se lo referia todo de buena voluntad excepto mis amores.

Los primeros dias me gustaba mas estar solo, para saborear mis recuerdos, y dar libre rienda á mi mal humor; de modo que todo el primer mes lo pasé encerrado en mi cuarto. Pero despues comenzó á fastidiarme aquella soledad; y como por otra parte las muchachas se empeñaban en distraerme, y yo habia adquirido ya la necesidad del contacto con el otro sexo, poco á poco fui saliendo de mi encierro, y gustando mas de la vida familiar, era preciso que despues de un acceso de misantropía viniese otro de sociabilidad; y en efecto sucedió que al paso que me intimaba mas con estas niñas, me iba olvidando de Luisa. A los dos meses ya no nos escribiamos, y solo me quedaban de ella recuerdos vagos y dulzones, que fácilmente trocaba por la realidad de algunas

satisfacciones inmediatas: v. g. las confidencias de Teresa y las finezas de la Mariquita.

Despues de dos meses, es decir, al fin del año, ya era yo animal caserito; ya no salia á la calle sino á lo indispensable; paseaba cuando ellas lo hacian, y siempre estaba sentado junto á ellas. Fui siendo comunicativo á medida que ellas eran exigentes, y por fin hube de confesar á medias mis amores con la segoviana: confesion que me proporcionaba algunos baños de agua rosada.

—Como no soy Luisa....

Esta era la muletilla diaria, siempre que me mostraba negligente en hacer algun encargo, ó no cedia yo á las insinuaciones que con cualquier motivo me hacian: si estaba distraido, si me encerraba en mi cuarto, era por pensar en Luisa, ó por escribirle.

¿Me buscaban tanto por fastidiarme?... Teresa sí; Mariquita no: luego eran zelos?—Sí: la fruta agena es deseada, y yo no le pertenecia á Mariquita. Teresa tenia un novio; pero la mia estaba léjos, y María habia perdido el suyo un año ántes: ¿qué habiamos de hacer sino querernos para consolarnos?... Amistad entre hombre y muger es peligrosa, y el hábito cria mas afecciones que la necesidad y la hermosura.

Si se me antojaba en la calle alguna golosina, le guardaba á Mariquita un pedazo que se comia con todas las migajas y la peluza del bolsillo; si

comia yo fuera de casa, ella me guardaba la mejor fruta.

—¿Qué dice vd.—me preguntaba—podremos salir esta tarde?

—No; hace frio: mejor nos quedaremos à practicar.

Mariquita ya no salia aun cuando fuera preciso.

—¿Cuál de mis vestidos le gusta á vd. mas?

—El azul.

De seguro que el domingo inmediato se prendia con aquel vestido.

—Si viera vd., fulana me antipatiza no sé por qué.

—Tambien à mí—le respondia yo.

Y desde entónces no volvia à su casa si la visitaba, ó no volvia yo á hablarle si solo la veia de ocasion.

Estos fueron, creo yo, los primeros síntomas de un amor tácitamente consentido. ¡Amor segundo!... Desde que los amores se cuentan por épocas y se recuerdan por numeracion, ya no ecsiste ninguno.

1829.—Enero.

El fuego de nuestro naciente amor se atizó à espensas de las cartas de Luisa; es decir:—Estaba yo en mi cuarto entregandome à los recuerdos de mis pasadas glorias, y para mas avivarlos ha-

bia yo sacado las cartas de mi pretérita y las repasaba una por una, saboreando los pocos requiebros que contenian: Mariquita entró y me sorprendió en esta dulce ocupacion, sin darme tiempo para esconder el cuerpo del delito: ella no vió lo que aquellas cartas decian ni de quien eran, pero le bastó para comprenderlo mi turbacion y los manejiillos que puse en juego para ocultarse-las en cuanto pude.

Nada me dijo; pero se formalizó en el momento, y tuvimos mal humor por dos ó tres dias: bien manifesta era para mí su causa y la habria yo destruido inmediatamente, si no hubiera tenido el capricho de oir un mandato ó siquiera una indicacion espresa: por otra parte estos trofeos siempre son gratos para los muchachos que los ostentan entre sus amigos; por lo cual me daba mucho pesar destruir los pocos documentos de mi archivo, cuando otros habia visto muy abundantes y con los que me propuse igualar el mio.

Al cabo no hubo remedio: por mas que procuraba yo contentarla indicandole que solo esperaba una palabra para satisfacer sus deseos, permanecia muda y enfadada hasta ser insoportable. Una tarde, pues, pedí à una criada una luz.

—¡Luz!... si aún es de dia—dijo Mariquita.

—Es que voy à registrar mis papeles, y à quemar todos los inútiles.

—¡Jesus!... que apestará el cuarto.

—Yo sé de alguién à quien agradará mucho ese hedor de papel quemado.

—No será à mí—dijo la hermana.

María se quedó callada; yo tomé la luz que me trajeron y entré en mi cuarto.

A poco rato María estaba junto à mí. No esperaba yo otra cosa; y tomando las cartas de Luisa de manera que ella pudiera ver las firmas, las dejé abrasar en un monton: ella miraba atenta la flama y con la punta del pié removía los papeles para que se consumiesen completamente hasta reducirse á ceniza. Ella misma convirtió despues en juego esta operacion, para tener motivo de mostrarse desde aquel momento, alegre y complaciente como ántes: ni una palabra me dijo; pero supo pagarme el sacrificio con finezas y concesiones.

¿Con que tambien en el corazon de mi Mariquita rezadora y beata se anidaba el amor propio? ¿gozaba con un sacrificio que la hacia triunfar de Luisa, que le inmolaba yo con todos sus recuerdos? ¿su orgullito inocente hallaba una satisfaccion en el mal del prójimo?.. Vaya que sea, y pase por virtud de muger.

Que María era rezadora y mística nadie lo duda: si era virtuosa lo veremos despues. Lo cierto es que yo en calidad de meritorio, tenia que someterme á sus caprichos, y complacer sus gustos; de modo que contraje la carga concejil de rezar cuotidianamente con ella todas sus devociones, para cuya cristiana ocupacion nos ibamos á una de las piezas mas retiradas. Entre jacu-

latoria y jaculatoria habia miradas tiernas que la ruborizaban, juguetillos inocentes que me valian blandas reprensiones y suavísimos pellizcos.

María era franca y naturalmente alegre: algunas veces sin embargo la encontraba yo triste, llorosa. Yo me creia con derecho de preguntarle la causa, y se la preguntaba, pero ella solo me respondia con un acento marcado de anargura.

—No me lo pregunte vd.

Algun dolor secreto la atormentaba, y tan profundo, que ó no me creia capaz de consolarlo, ó se creia en la obligacion de callarmelo.

Otra circunstancia me causaba estrañeza. María era la consentida de todos: su voluntad y sus caprichos se obedecian al punto; D. German adivinaba lo que podia gustarle, y se adelantaba á satisfacer todos sus deseos. A pesar de esta predileccion María no se atrevía á hacer la menor indicacion, y si alguna vez se le escapaba una palabra, una exclamacion, al punto se arrepentía y procuraba disimular lo que habia dicho: si D. German estaba delante, se ponía turbada, encogida, perdía su aplomo, y su alegría se trocaba en disgusto y seriedad.

En fin, sucedia muchas veces que miéntras Teresa y su mamá iban á un paseo ó una visita, María se quedaba en casa (no por mí) ó se iba á la iglesia: en una palabra, era fiel cumplidora de todos los preceptos católicos, miéntras las otras eran buenas disipadas: contraste inesplicable, pero cierto.

¿Qué me importaba á mí todo esto? . . . estaba yo satisfecho de que me quería; mi presencia la alegraba generalmente; y esto era bastante para tranquilizar cierta inquietud vaga que solia mortificarme.

Una sola cosa no podia pasar; los cariñosseudo-paternales que D. German solia hacerle, á su pesar, si vale creer las apariencias; si me hubiera observado alguno habria dicho que me causaban zelos; yo no tenia motivo para llamar así al disgusto que sentia viendo los arrumacos y las coqueterías de mi viejo tutor.

Pero estos disgustillos eran nubes pasajeras; celajes que embellecian nuestra atmósfera, quitandole su uniformidad monótona, tempestades ligerísimas que refrescaban el corazon, dandole motivos nuevos de placer, despues de algunos momentos amargos. Fuera de esto nada interrumpia la calma, la tranquilidad de nuestra union; que para ser completa, solo le faltaba la sancion material, pues hasta los cuidados domésticos que ecsige la vida de un hombre, eran dirigidos ó desempeñados por ella misma, que rehusaba otro el trabajo de la misma clase.

Así se pasaban los dias uno tras otro, arrai-gando mas en nuestros corazones un afecto criado y robustecido por el hábito, sin ser ecsaltado ni pervertido por la contrariedad.

De repente ví desarrollarse en toda la casa un lujo y un furor por los placeres, que me sorpren-

dió sin desagradarme: nuestra mesa que no era escasa ni nauseabunda, mejoró notablemente; hubo trajes y aderezos de cierto valor; paseos costosos; convites y bailes frecuentes. Las visitas no podian faltar en una casa que daba de comer y de bailar gratis... así que, la actividad y la disipacion reinaban desde el zaguan hasta la alcoba.

Yo habria gozado de todos estos placeres gratuitos, si no hubiera apagado mis impulsos juveniles, una frialdad, un disgusto, un mal humor invencible que observaba en María: María que protestaba continuamente de aquella ecsistencia escandalosa, de aquellos gastos *inútiles*. . . . *inútiles* era la palabra que constantemente decia á D. German, cuya frente se nublaba al oir alguna observacion, ó alguna repulsa. Porque todo se hacia por Mariquita; y ella lo repugnaba todo, lo evitaba cuanto podia, y procuraba echar la carga del agradecimiento sobre su hermana ó su madre.

Rara virtud—decia yo entre mí—cuantas otras jóvenes, no solo aprovecharian esta generosidad espontánea, sino que buscarian la ocasion de que se les manifestasen.

Lo que me incomodaba sobre todo eran las prohibiciones que á mí mismo me imponia ella haciendome siempre y en todas partes su galan favorito; yo lo amaba, y tan pequeños sacrificios me disgustaban apénas, pero algunas veces me

llegaba á pesar una servidumbre que tenia por fundamento alguna otra cosa mas, que el amor. Principalmente cuando se trataba de un paseo campestre, la primera indicacion, el primer precepto que me imponia era no dejarla un momento, acompañarla á todas partes, y darle el brazo esclusivamente; y así lo hacia yo, porque al cabo en el campo es ménos molesta esta carga concejil que en la corte.

María en estas ocasiones tomaba parte en los juegos de sus compañeras, se reia, bailaba; pero con cierta reserva, con cierta violencia, que solo yo, que conocia su genio franco y expansivo, podia percibir. Mas no me fijaba en ello, lo atribuia á cualquiera causa accidental, á escrúpulos de conciencia, que no le permitia ser tan jovial y tan parlera en medio de una tertulia, como lo era v. g. conmigo y dentro de su casa.

Dichosa la edad en que la malicia no nos alumbraba, para penetrar en los corazones de los que nos rodean, y descender hasta el abismo de sus secretos sentimientos, de sus secretos dolores.

Habiamos vuelto de un paseo, en que por excepcion estuvo María mas alegre, mas bulliciosa que nunca: siempre á mi lado, pero gozando y haciendome gozar con su charla, sus juegos, su jovialidad. En vez de estar como otras ocasiones taciturna y quieta; estuvo traviesa, comunicativa, loca como una niña; la veia travesear con las demas y volver

hácia mí con los ojos tan radiantes, que me regocijaba el contemplarla llena de placer.

El cansancio nos dió sueño desde buena hora, y cada cual se retiró á su recámara. La mia estaba dividida de las del resto de la familia por una especie de gabinete.

Los muchachos que todavia no tienen ambicion ni remordimientos, duermen de una pieza: yo á pesar de la regla desperté á las cuantas de la noche, y ví luz en la cámara inmediata al traves de la cerradura de la puerta. Iba á voltearme para seguir durmiendo; pero me ocurrió que algun accidente podia ser la causa de estar alumbrando el gabinete contra la costumbre diaria. Levantéme pues, y al abrir la puerta me pareció oir los pasos de alguno que se alejaba; asomé la cabeza, y María llorosa y medio desnuda, sentada en un sillón fué todo lo que miré.

—Que hace vd. aquí?—le pregunto sorprendido.

—Nada: váyase vd.

—Sucede algo?

—Nada.

—Pues por qué llora vd.?

—Acaso lloro?

—Sí, que lo estoy mirando.

—Es que me duele una muela horriblemente...

—Y para que se levanta vd.?

—Para tomar el fresco; con eso me alivio un poco.

—Pero es mejor..... Despertaremos á alguno.. voy....

Al decir estas palabras oí un ruido en el cuarto inmediato.

—No, no—repuso ella con empeño—váyase vd. que yo tambien voy á entrar en mi recàmara.

—Pero....

—Váyase vd., váyase vd.

Tan turbada me lo decia, que yo llegué á creer que tenia miedo de que nos sorprendiesen juntos à tal hora, y como hasta cierto punto tenia razon, me retiré luego, dejandola sola otra vez. Un rato estuve despierto escuchando si se movia, si se quejaba; observando si desaparecia la luz, pero me rindió el sueño y no pude ya ver el término de aquella vigilia.

¡Pobre María!... tal vez yo fuí aquella noche su ángel de guarda.

Al día siguiente, estando todos reunidos, les pregunté como se sentia.

—¿De qué? preguntó Doña Juana.

—De las muelas: toda la noche ha rabiado—añadí con mi tonto à cuestras.

—¿Es cierto?...

—¡Toma! que sé yo á que horas desperté y me la encontré llorando en el gabinete...

Doña Juana dirigió una mirada indagadora sobre D. German, que calló así como las otras.

Y yo en Belen, contentísimo con mi novia y

con mi tutor, á quien por otra parte debí cuidados y consideraciones paternas.

Entre tanto las fiestas se reproducian, los placeres se multiplicaban, bajo las mil formas y colores que saben darles el ingenio y la esperanza: mi corazon gozaba de todo con el descuido y la buena fé de la ignorancia, y gozaba tanto, que si Luisa fué la ocasion de que se manifestara mi vocacion de escritor prosista, á María debí la primera inspiracion endecasílabo que haya salido de mi fábrica de versos.

Mis conocimientos literarios se limitaban à las fábulas de Iriarte que aprendí en la escuela, y unas cuantas odas de Horacio que me tradujo mi maestro de latinidad; item mas; dos tomos de poesias de Melendez que me inoculó un gusto decidido por todo lo bucólico y diminutivo. Siguiendo pues á Horacio, compuse estrofas safico-adónicas, y tomando de Melendez una Clori, un Fileno, unas cuantas avecitas y un arroyuelo, confeccioné una oda entera, cuyo borrador no conservo, porque entónces no me ocurría que llegaría tiempo en que tuviese humor de divertirme conmigo mismo.

Pero la primera cuarteta decia así, si no me engaña la memoria.

Yo doy al cielo gracias infinitas
por mirarte, zagala encantadora;
pues mis ojos te vieron y en esa hora.
sentí el primer amor.

Los pobres poetas somos mentirosos muchas veces á nuestro pesar, pues si fuera lícito poner notas en una composición de esta clase, yo habria puesto la siguiente al fin del cuarto verso:—"Primer amor; pero sin contar con el de Luisa, ni con el introito de Agustina."

X
Mentiras ó no, lo cierto es que yo recibí el galardón del genio; y hasta el bueno de mi tutor celebró mis bellas disposiciones á la poesía: porque hay que advertir dos cosas; primera, que D: German era tan buen poeta como yo prometia serlo entónces; y segunda, que yo hice esta ofrenda por la via reservada, haciendo despues público el documento para recibir todos los honores y las alabanzas de la familia, los parientes y las personas de estimacion. A cada amiguita que iba le regalaba María una copia, que sé yo si con su explicación confidencial: pero yo quedaba mas complacido con cada edicion que hacíamos ella ó yo, aunque solia lastimarme que ella escribiera ojos con g, y zagala con s.

Desde que fueron conocidas mis gracias, comencé á gozar de todos los gages del oficio; es decir, que mis concoleugas me pedian versos para sus respectivas novias: mis conocidas soliciaban sonetos para sus canarios ó los santos de su devocion; y aun en mi propia casa no me dejaban beber una copa de vino, si no la habia yo ganado con un brindis.... en verso.

Dos cosas no comprende el mundo; el envaneci-

miento, el orgullo que siente un catecúmeno de las musas al verse solicitado y alabado de todos los necios que le piden versos; y el fastidio que causa cuando ya es uno viejo en el oficio, tomar un album de manos de una niña que con fingida modestia se contentará con cualquiera cosa; ó la ira que se siente al recibir de la provincia la carta de un ex-amigo que encarga á vuelta de correo, unos versitos para celebrar los dias de su compadre el señor cura del pueblo. ¡Pobres poetas! que no pasan de ser honrados farsantes, divertidores de los ociosos y victimas de los necios.

Prosigo mi relacion.

Contabamos ya dos ó tres meses de placeres, de bulla, de agitacion, y doble tiempo á lo ménos de haber establecido tácitamente nuestras cordiales relaciones, sin habernos dicho una palabra de amor, ni tutearnos, (primer delirio de los enamorados) sin haberle yo tocado una mano, ni un cabello siquiera.... Tan cierto así es que de la muger sola depende fijar la distancia á que se mantiene un amante, un pretendiente, un seductor. Luisa me habia encaminado por la senda del materialismo, pero María supo desviarme de ese mal camino, guiandome á la fuente pura de los goces del alma: platonismo suelen llamarle á un amor sin deseos lascivos, ni violencia, sin arrebatos, ni materialidad. En fin; ¿qué importa el nombre? Yo sé que la muger que sabe mantener

ese fuego claro y blando de un afecto delicado; la muger que tiene bastantes recursos morales para fijar solo allí toda la atencion de su amante, y no permitir que un solo pensamiento empañe la castidad del corazon; esa muger, digo, vale mas que la Vénus lúbrica con todas sus seducciones.

Y aún no he llegado à mi verdadera época de platonismo; al fin, en estos amores habia algo de positivo en hablarle, en vivir á su lado, en mirarla à mi sabor y sentir su influencia, aunque no me mandara espresamente.

Yo habia quemado las cartas de Luisa cuando percibí los zelos de María; pero tuve buen cuidado de esconder un rizo que yo mismo le habia cortado la víspera de separarnos: lo conservaba yo como una reliquia, como la única prenda que me quedaba de ella y aún en algunos momentos lo besaba y lo contemplaba con deleite: los recuerdos del primer amor siempre son dulces y gratos al corazon.

Yo guardaba este rizo en mi cartera, curiosamente envuelto en un papelito. Un dia buscando alguna cosa se me cayó; María por un rasgo de comedimiento quiso levantarlo para devolvermelo, pero yo me precipité tanto con el temor de que hubiese sabido lo que era, que casi se lo arranqué de la mano para guardarlo inmediatamente y con cautela. Esta mi imprudencia la alarmó justamente; meditó descubrir mi secreto y

fácilmente lo consiguió espiondo el dia que dejara yo la cartera abandonada en mi cuarto. Tomó nota de la bolsa en que estaba guardado, el número de dobleces del papel, el color y todas las calidades del pelo, volviendo á dejarlo de modo que yo no percibiera aquel registro.

En la primera ocasion que tuvo me empeñó en una conversacion que necesariamente fué á parar donde ella deseaba..... bien cruel fué conmigo; aquel pelo que yo veneraba como un talisman divino, lo encontraba áspero, cerdoso, sucio.... hirió en lo mas vivo mi amor propio y por poco me hace llorar: estaba arrancandome la última de mis primeras ilusiones.

Pero al cabo tenia razon en vengarse; esa prenda oculta era una traicion que la humillaba. Sin embargo, no era ese mi pensamiento; yo guardaba el pelo de Luisa como un trofeo nada mas; y comenzando á desconfiar de que me hubiese sido fiel, empezaba tambien á aprender á reservar una parte de mi corazon à las demas mugeres: para la primera no hay secretos; para las demas se van teniendo en proporcion de los desengaños y los pesares. La desconfianza le da à uno el derecho de dejarse un camino franco por donde retirarse, una muralla tras la cual pueda defenderse cuando sea necesario.

Las mugeres practican esto mejor y primero que los hombres; y nó lo perdonan en nosotros

sin embargo. Mas de ocho dias luché por obtener su perdon; mas de veinte veces mentiró con el paquetito que le ponía en las manos para que dispusiera de él; y en su presencia lo habria yo arrojado de mí, si no hubiera sido una falta para ella misma. Por fin, celebramos una transacion y quedó resuelto que seria condenado al fuego aquel rizo, dandome ella otro de su cabello. La encontré un dia peinandose, me cumplió la promesa despues de hacerse un poco de rogar; de allí nos fuimos juntos á arrojar la condenada víctima á la misma hornilla en que estaba haciendose el puchero.

Con bagatelas de esta especie se satisfacía entonces mi corazon; el suyo pienso que no le llevaba grandes ventajas.

Poco á poco se fué haciendo el carácter de Doña Juana sombrío, violento, irascible; Teresa tambien solia mostrarse descomedida y llegué á mirar riñas domésticas á que no estaba acostumbrado: María era siempre la víctima, que para llorar á su saber se escondía de mí, á quien martirizaban sus lágrimas. Esta época fué tan amarga como breve.

María llegó á ser en pocos dias el objeto de la animadversion general; desde mi tutor hasta los criados la veian de reojo; de todo tenia la culpa; nada de cuanto hacia agradaba; y así como antes eran obsequiados sus menores caprichos, ahora se le llegó á prohibir casi hasta la libertad de hablar:

¿rompia un pañuelo? se le echaba en cara el gravamen que resultaba al hombre que las mantenía por favor; rehusaba un ofrecimiento? le decian grosera, desagradecida; si se tardaba en la iglesia la ofendian con sospechas; si dejaba de salir la llamaban perezosa. Estaba en aquella situacion en que á cada momento se siente herida el alma con una punzada agudísima, que no quita la vida ni agota el sentimiento para hacer mas horrible el martirio.

Yo miraba sus dolores, y los sentia con la desesperacion de la impotencia: llegué á aborrecer de tal modo á su hermana, á su mamá, á mi tutor, que depuse mi encogimiento, y olvidé mi posicion, para defenderla contra todos. Entonces fuimos dos víctimas; yo sufría por ella; ella por mí.

El tutor, sospechando mi amor ó envolviendome en la ira con que ya la miraba, me llegó á decir palabras tan duras que hasta hoy me duele el corazon cuando las recuerdo. A ella, llegué á verla bañada en lágrimas y en sangre que le habia hecho brotar una bofetada de su madre... Lloró en mis brazos; y yo conservé por mucho tiempo un pañuelo manchado con esa sangre y esas lágrimas.

Yo no comprendia aquella situacion: me desvelaba queriendo encontrar las causas de aquellos cambios inesplicables: mi imaginacion se perdia mas y mas en el laberinto tenebroso del misterio, y despues de fatigarme en inútiles conjeturas, so-

lo me quedaba un desconsuelo, una inquietud que me presagiaba desconocidos pesares.

Entonces descubrí el resorte de todas las acciones humanas, el consuelo de todos los pesares, el antídoto de la desdicha: el dinero! y mi pobreza se me reveló con todos los horrores de un suplicio eterno. Yo no sabía el origen de nuestra desgracia, pero el problema quedaria resuelto con dinero... Teniendolo, me hubiera despedido de mi tutor, y me habria llevado á María, librandola de aquel infierno en que nos abrasabamos.

Si la juventud no tuviera tanto miedo de cometer el primer crimen, yo entonces me habria hecho ladron, monedero falso, verdugo... hubiera asesinado á mi tutor para robarle las onzas que le habia visto guardar, y huirme con ellas y con María... Estos eran los negros pensamientos que me asaltaban cuando desvelado en medio de las tinieblas, creía oír sus gemidos al traves de la pared que dividia nuestras recámaras.

Por fin, María habló de encerrarse en un convento, y la crueldad llegó á su colmo, hasta desesperarla, á ella que temblaba y se sobrecogia con una mirada severa de su hermana.

Habia en toda la casa una lobreguez, un silencio pavorosos: cada uno permanecía aislado en su cuarto, y si la casualidad nos reunia en uno solo, huíamos á los rincones, como horrorizados unos de otros: nos sentabamos á la mesa sin apetito, nos levantabamos sin comer, sin habernos

dirigido una palabra, una mirada: el criado, sin necesidad de moverse para servirnos, permanecia parado en frente como una estatua, estudiando nuestras fisonomías, causandonos vergüenza con sus miradas indagadoras.

Un clérigo, que por fortuna no conozco para no verme en la obligacion de quererlo, era el director espiritual de María: algo debió decirle ella para determinarlo á tomar á su cargo el negocio del convento, y aunque con dificultades y tal vez compromisos, logró al cabo que María pudiese escoger libremente el tiempo y el lugar de su retiro.

Desde que ella me habia manifestado su resolucion de encerrarse me habia yo opuesto constantemente: queria verla mártir pero á mi lado, por eso me habia puesto tambien en el blanco: para recibir algunos tiros y partir con ella las penas y los placeres.

Le preguntaba yo el motivo de aquella resolucion estraña y siempre la hallaba muda, por mas que me empeñaba en arrancarle, en comprenderle una frase que me revelara algo de aquel misterio que comenzaba á abrumarme. Yo era al fin hombre; hubiera podido dejar aquel asilo que se habia trocado en mi tormento, y no lo hacia por no abandonarla, por no ser ingrato y débil; y ella huía de mí, ¿por qué?... Hubiera yo llamado al diablo para que me revelara el secreto, si entonces no le hubiera tenido tanto miedo.

Desde que María fijó definitivamente el día de su partida, cesó aquella tempestad horrorosa que agitaba á toda la familia; y sucedió una calma sombría, pesada como la noche envuelta de nubes que aún retumban á lo léjos.

El tutor no salía de su despacho y si movía los labios era para regañar ó decir una blasfemia; Doña Juana reprimía sus impulsos de cólera; Teresa estaba inquieta y meditabunda: María lloraba en silencio, y yo con pretexto del colegio me salía á buscar amigos perdularios, para apagar el volcan que me devoraba, en el fango de la disipacion.

Aquellas escenas nocturnas como la del dolor de muelas, se repitieron con frecuencia en los últimos días; yo sabia ya que no era una enfermedad la causa de tales vigiliás, y la duda me desesperaba. Ella en el gabinete inmediato llorando, yo á oscuras en mi recámara espiondo la luz por las hendiduras de la puerta: así pasabamos las eternas noches; hasta que al fin fatigada ella se quedaba dormida en un sillón, y yo autorizado por la luz del alba, velaba su sueño sentado junto á ella, ó paseandome silencioso sobre la alfombra del estrado.

La víspera de su enclaustramiento llegó, quitandome toda esperanza: oía mis ruegos impasible, respondía á mis preguntas con el silencio. Desesperado al fin, la tomé de una mano y le pregunté con resolucion por la primera vez:

—¿Me amas?

—Yo nunca he desconfiado de tí.

—¿Luego me amas?

—¿Es preciso decirlo con la boca?

—¿Pues por qué te vas al convento?

—¿Por qué!.... ¿Nunca te he rogado yo ninguna cosa, es verdad?

—Sí.

—Me negarias el favor que te pidiera?

—Habla.

—No me vuelvas á preguntar por qué me encierro en el convento.

—Pero ese secreto....

—No es mio.... sino tuyo....

—¿Me burlas ó me engañas!...

—¿Quieres saber por qué me voy al convento?

—Sí.... sí.

—¿Por tí! ...

—El confesor sin duda....

—No, al contrario; le he confesado mi amor, se lo he confesado todo, y dice que puedo amarte, que te ame yo.... ¿Acaso tiene nada malo nuestro amor?....

—¿Entónces?

—No me preguntes mas—me dijo con voz suplicante.

—Es que ya no me amas: te cansaste de mí y buscas un pretexto....

—¿Gabriel!....

—En tal caso yo abandonaré tu casa para no hacerte salir de ella....